

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

TEMA 9. *La Eucaristía, corazón celebrativo familiar*

| | |
|--|---|
| 1) INTRODUCCIÓN | 1 |
| 2) RECAPITULACIÓN..... | 2 |
| 3) LA CENTRALIDAD DE LA EUCARISTÍA | 4 |
| 4) RESUMIENDO | 5 |
| 5) CONCRETANDO | 5 |
| 6) PRÁCTICA FAMILIAR | 5 |

1) *Introducción*

La sociedad en que vivimos ha sido definida como la “sociedad del tiempo libre”. La definición de tiempo libre comúnmente más aceptada es la ofrecida por el sociólogo J. Dumazedier en la Enciclopedia francesa: “El tiempo libre es un conjunto de ocupaciones a las cuales el individuo puede libremente disponerse, sea para descansar, sea para divertirse, sea para desarrollar sus conocimientos o su formación desinteresada, su participación social voluntaria y su libre capacidad creadora, tras haber desempeñado sus obligaciones profesionales, familiares y sociales”. No nos detendremos en debatir esta definición, pero es clara que el así llamado tiempo libre es ambiguo y ambivalente. No se trata de contraponer tiempo de trabajo y tiempo libre, pues el hombre puede ser libre en el trabajo y experimentar la alienación en el entretenimiento y la diversión.

La libertad moderna, concebida como creciente posibilidad de elección entre cosas diferentes es utópica, pues termina perdiendo el origen y el fin de la misma. En cambio, la libertad cristiana tiene su raíz en la verdad del amor y se dirige a la comunión. Tiene una dimensión primariamente filial, que enfatiza los vínculos como un verdadero potencial de crecimiento y maduración humana. En este contexto hemos querido este curso profundizar en el significado de las celebraciones en la familia.

El verbo celebrar, procede del latín *celebrāre*, y significa conmemorar, festejar una fecha, un acontecimiento. El verbo parece derivar del adjetivo *celeber* que en origen significa concurrido, frecuentado, numeroso, abundante, y se aplicaba al lugar frecuentado por muchas personas. Su antónimo era *desertus*, desierto, abandonado. *Celebrare* significaba así lo mismo que *frequentare*, que designa la acción de reunirse. Posteriormente, en la antigüedad, de la acción, tiempo y lugar de la reunión se pasa al objeto de la misma: una fiesta, los juegos del circo, los misterios, el culto... así celebrar significaba fundamentalmente una acción colectiva realizada con gran solemnidad, y que tenía con frecuencia carácter



religioso. Desde estas coordenadas, vamos ahora a repasar el itinerario que hemos hecho este curso.

2) Recapitulación

Alcanzado un nuevo final de curso, como acabamos de decir, es momento adecuado para recapitular el recorrido realizado. Hemos querido reflexionar juntos sobre las celebraciones familiares. ¿Cuándo, cómo, dónde, con quién y para qué celebrar? ¿Por qué celebramos, cuál es el significado de la fiesta para los seres humanos? ¿Por qué el matrimonio y la familia son los lugares por antonomasia donde estamos invitados a celebrar, a compartir gozosamente el don de la vida, la entrega de nuestra existencia?

Comenzamos nuestro itinerario echando un vistazo al mundo que nos rodea, para descubrir que vivimos en una sociedad del cansancio, donde el exceso de positividad, de estímulos, de impulsos, de datos, de información. Una sociedad del puro rendimiento se torna incapaz de celebrar nada, pues solamente tiene tiempo para trabajar, para rendir lo más eficazmente posible. En este tipo de sociedad, la familia puede aparecer como un refugio afectivo, como un espacio de comodidad burguesa, donde los “guerreros” pueden encontrar algo de cariño, ternura y afecto.

Hoy nos encontramos inmersos en una crisis de generatividad que llena de incertidumbre el futuro. Celebrar el don de la vida, celebrar los cumpleaños de las personas, es así, cobrar conciencia que toda celebración hunde sus raíces de en el amor creador de Dios. Es el Creador y Padre quien promueve y anima todas nuestras celebraciones.

En el tema de noviembre vimos cómo existe un fuerte vínculo entre caridad y festividad. El amor verdadero genera siempre alegría, gozo. La estructura interna de la fiesta es así este vínculo amor-alegría, como primeros frutos del Espíritu Santo. La alegría como manifestación del amor es un ingrediente indispensable para toda celebración. El vino es el símbolo bíblico para la alegría y el canto nupcial es expresión de un amor que se difunde y comunica, a la vez que construye una casa, un tejido de relaciones interpersonales que van construyendo una comunión de personas.

En el mes de diciembre nos detuvimos a reflexionar sobre la centralidad de la celebración dominical en familia. El domingo, *Dies Domini*, día del Señor y señor de los días, es el día de la nueva creación, el día de la Resurrección de Cristo, la fiesta de todas las fiestas. Las familias domésticas, reunidas en torno a la Eucaristía, en la que toda la creación es transformada, se renueva incesantemente. La celebración del domingo en familia genera tiempo, porque es al mismo tiempo día de la memoria filial agradecida, día de la promesa renovada en el presente, día de la fecundidad que se espera en el futuro. Vivir desde el tiempo pleno del domingo, nos enseña que la fiesta interrumpe el flujo cotidiano del tiempo, para elevarse a la altura del tiempo cumplido.

En enero pasamos a reflexionar sobre el puesto del juego en la celebración familiar. El *otium* que llamaban los antiguos es una forma de cultivar lo verdaderamente humano, expresión de libertad y de vida buena, donde con mirada sapiencial se aprende a celebrar solemnemente. El juego es otro ingrediente de las celebraciones familiares. Existen muchos tipos de juegos, según una clasificación



clásica en cuatro tipos según predomine la competencia, el azar, el simulacro o el vértigo. Los niños se introducen en la realidad a través de los juegos. El significado antropológico del juego consiste en crear y recrear la relación con los demás, reforzando los vínculos de pertenencia mutua, favorecer la comunicación, la salud, su carácter educativo, el conocimiento por el aprendizaje lúdico, y el desarrollo de la creatividad. El deporte y su práctica familiar tiene un valioso potencial educativo como promotor de virtudes sociales.

En febrero reflexionamos sobre el significado de celebrar la Cuaresma. Aunque a primera vista podría parecer que no es un tiempo celebrativo, por su carácter austero y penitencial, vimos cómo tanto el signo fuerte de la ceniza, la estaciones cuaresmales, y las prácticas de preparación a la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana, conferían a este tiempo de gracia un solemne valor celebrativo. La profundización en la práctica de *ruminatio* de la palabra de Dios, la intensificación de la oración conyugal y familiar, la revalorización de la abstinencia y del ayuno, así como las prácticas de generosidad y desprendimiento vinculadas a la limosna fueron ocasiones para redescubrir el significado sacramental de las celebraciones de la vida cristiana.

En el mes de marzo visitamos a un viejo amigo, el filósofo Fabrice Hadjadj, que después de acompañarnos el curso pasado con su penetrante meditación sobre *La profundidad de los sexos*, en esta ocasión, a través de un capítulo de su libro *¿Qué es la familia?* nos invitaba a reflexionar sobre la mesa y la *tablet*. El alto valor antropológico que se esconde en sentarse juntos a la mesa en familia, para poder no solamente compartir el alimento que nos nutre, sino también poder conversar sobre el relato de nuestra vida, practicando la virtud de la convivialidad, como el arte de conversar generando comunión, nos hizo ver el riesgo de que la tecnología invada ese espacio privilegiado. No se trata simplemente de añadir un elemento más a la mesa, sino de darnos cuenta de que la adición no es inocua y conduce tantas veces a la adicción que destruye la convivencialidad de nuestras relaciones.

El mes de abril lo dedicamos a reflexionar, en justa correspondencia con el tema de marzo a profundizar en el tema de celebrar la Pascua. En la situación de confinamiento prolongado hemos vivido un tiempo pascual absolutamente diferente. Un tiempo para redescubrir el valor de la familia, a la vez que para reconocer que la familia necesita de otras familias, de la sociedad para poder vivir su vocación. La importancia de los vínculos y de aprender a sostenernos mutuamente, ejercitando el coro de la virtudes domésticas. El canto del *Exultet* o pregón pascual, con el que se inaugura este tiempo litúrgico, nos permitió recordar la profunda y permanente raíz de la alegría del cristiano: Cristo resucitado vive para siempre, Él está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Y Él nos envía como matrimonios y familias a ser testigos de su Resurrección, comunicando a los demás el gozo del Evangelio. Tiempo también de creatividad, con las catequesis mistagógicas, singularmente con nuestros hijos que son bautizados en este tiempo, o que hacen su primera confesión, su primera comunión o reciben el santo crisma (la confirmación).

Finalmente, el mes pasado hemos profundizado en la presencia de la Virgen María en las celebraciones conyugales y familiares. Ella se encuentra en un puesto absolutamente singular en la historia de la salvación e introduce al misterio y a la

presencia de Cristo, el Esposo. El canto del *Regina Coeli*, la práctica del Rosario en familia, la práctica de las flores en el mes de Mayo, constituyen algunas de las prácticas celebrativas que promueven que la Virgen María esté presente en nuestra vida conyugal y familiar como Madre de Dios y Madre nuestra.

3) La centralidad de la Eucaristía

Benedicto XVI publicaba el 22 de febrero de 2007 la exhortación *Sacramentum caritatis* tras el sínodo celebrado a la conclusión del Año de la Eucaristía. La estructura del documento es tripartita: La Eucaristía como misterio que se ha de creer, que ha de celebrar y que se ha de vivir. En la segunda parte, el Papa recuerda que la celebración de la Eucaristía es obra del Cristo total (*Christus totus*) y nos ofrece preciosas indicaciones de cómo celebrar y participar activamente en la Eucaristía.

En la mesa del altar, al llegar el ofertorio, se ponen el pan y el vino. Son sencillas realidades creadas, primicias de la creación. De este modo, la Iglesia presenta y ofrece al Creador aquello que previamente éste le ha dado. Dios no necesita de la ofrenda de sus criaturas, pero éstas han de vivir en permanente gratitud, acción de gracias al Creador, del que todo lo recibimos.

Poner en manos de Dios lo que hemos recibido de Él. Cristo, en la Eucaristía, con el poder de la Palabra creadora transforma el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre. Las primicias del mundo sensible son ahora elevadas a la altura del Verbo encarnado. El pan y el vino son eucaristizados. La Iglesia perpetúa a lo largo de la historia la presencia sacramental de Cristo, fuente del Espíritu Santo. Se verifica, de este modo, un intercambio desigual de dones. La criatura indigente ofrece bienes que no son suyos, y recibe a cambio la riqueza inagotable de Dios que colma el corazón humano.

Para San Ireneo de Lyon, el ternero cebado de la parábola del hijo pródigo, narrada por san Lucas (*Lc 15,11-31*) es el Hijo de Dios hecho hombre. Así lo que san Juan denomina el Cordero de Dios, para san Lucas es el “ternero” en cuanto hombre no sujeto al pecado, puro, inocente, “cebado” por su condición divina que lo habilita para ser el Salvador del mundo. A diferencia de lo que acontece en los holocaustos, este ternero es sacrificado para ser comido, está destinado al banquete con que el padre celebra el retorno del hijo pródigo. El ternero cebado se convierte en el manjar de un banquete de alegría y descanso. El sacrificio de Cristo termina en un manjar viviente, en un sacramento, banquete singular. Cuando la carne de Cristo inmolada resucita, se transforma en manjar de bodas, sacramento de la comunión nupcial entre el hombre y Dios.

La Eucaristía es la plenitud de la creación. Este proceso formidable, semejante al que va desde la carne humilde nacida de María a la carne gloria del Resucitado, es el corazón de la vida cristiana. De este modo, la Eucaristía es la mayor de las afirmaciones en pro del futuro del hombre. En la Eucaristía se abrazan lo natural y lo sobrenatural, la creación y la salvación.

Podemos ahora comprender mejor por qué los primeros cristianos no podían vivir sin la Eucaristía. Los mártires del norte de África respondieron así en el interrogatorio del procónsul romano: ‘Sin domingo no podemos vivir’, que quiere decir: si no podemos celebrar la Eucaristía, no podemos vivir, nuestra vida cristiana moriría”. La Iglesia vive de la Eucaristía. Mi familia, nuestra familias de



Betania, ¿pueden vivir sin la Eucaristía?, ¿pueden vivir sin celebrar el domingo? Vamos, poco a poco, superando el tiempo de pandemia y será bueno preguntarnos cómo vamos a cuidar y profundizar en la celebración de los sacramentos, particularmente la Eucaristía.

La capacidad de forjar vínculos del cuerpo de Jesús hace que todo el rito eucarístico se concentre en Él. El pan y el vino se ponen al servicio del cuerpo relacional de Cristo. Celebrar la Eucaristía implica introducirse en el espacio de relaciones inaugurado por Jesús. La comunión eucarística nos une a Cristo y entre nosotros por el vínculo del amor, por el Espíritu que moldea y transforma la carne.

4) Resumiendo

El tema de este mes pretende ser una síntesis de los que hemos ido estudiando durante este curso. En la introducción hemos recordado la noción de “tiempo libre” que nuestra sociedad aprecia tanto, y que está estrechamente relacionado con una visión de la libertad que impide al hombre celebrar verdaderamente con otro, según la etimología del término.

Hemos repasado a continuación los ocho temas que han ido jalonando nuestro itinerario, para ir aprendiendo a celebrar la vida (los cumpleaños), el domingo, a través del juego y el deporte, la Cuaresma, la comida y en la mesa, la Pascua, y con la Virgen. La urdimbre de nuestra vida está tejida de celebraciones pequeña y grandes, y todas estas celebraciones tienen su origen y su fin en la Eucaristía, sacramento de la caridad, pues el centro de la vida humana es el amor que se difunde, se comunica, nos une y nos reúne, y nos acerca más y más a la gran fiesta del Reino de los Cielos.

5) Concretando

1. ¿Qué has aprendido como matrimonio y familia en este curso?
2. ¿Qué prácticas celebrativas habéis introducido o mejorado? Comenta cómo concretamente lo habéis hecho.
3. La familia, ¿es el primer ambiente celebrativo? ¿Qué carencias u oportunidades has notado en este tiempo de pandemia respecto a las celebraciones?
4. ¿Cuál es la aportación de la Eucaristía a las celebraciones familiares?

6) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con las celebraciones familiares. Cada trimestre haremos una sugerencia, buscando enriquecer la tradición familiar con algún rito nuevo, más cuidado y esmero de algunos detalles.

Tercer trimestre: Celebrar los domingos con un bendición singular de la mesa (*berakah*), la práctica de la escucha del Evangelio en familia (*ruminatio*) y una comida o cena más cuidada.